



María Isabel Martínez Ramírez
"Epílogo. Del mito a la política"
p. 277-282

Teoría etnográfica
Crónica sobre la antropología rarámuri
María Isabel Martínez Ramírez

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Mapas, cuadros y figuras
(Serie Antropológica 28)

Primera edición impresa: 2020

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: 978-607-30-4380-9

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

EPÍLOGO

DEL MITO A LA POLÍTICA

Los motivos que me impulsaron a escribir y a compartir este libro se modificaron a lo largo del tiempo. Durante mis años de estudiante anhelaba romper con los límites teóricos de la antropología en la cual me formé. Busqué impetuosamente transitar del análisis estructuralista de los mitos hacia la socio-lógica prometida por Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco*. Particularmente, me estimulaban los cuestionamientos de los colegas que residían en Chihuahua, quienes —durante la formación de sus carreras entre las décadas de 1970 y 1990— tuvieron que elegir entre el carácter aplicado o el carácter teórico de su labor como antropólogas y antropólogos. ¿Para qué sirve lo que hacemos? ¿Cuál es el papel de las ciencias sociales y de las humanidades en la vida de los pueblos con los que trabajamos? La discusión y las posibles respuestas a estas interrogantes remitían a la configuración de las antropologías mexicanas durante el siglo XX y a la relación constitutiva que tendencialmente han mantenido con el Estado mexicano. Por ello, la preocupación por desmontar los límites entre el conocimiento teórico y la antropología aplicada —dirigida por el Estado o ejecutada fuera del Estado— fue uno de los faros que guió a mi generación.

En mi experiencia, una expresión de esta preocupación fue la ponencia titulada “De la ‘lucha cósmica’ a los caminos de la violencia en la Sierra Tarahumara” que presenté en 2010 en el foro dedicado a reflexionar sobre los resultados de una década de investigación del seminario *Las Vías del Noroeste*, red de investigación a la que pertenecía. El fin de aquella ponencia fue problematizar cómo, los modelos etnológicos que explicaban la armonía y el conflicto cosmológico para los rarámuri, los huicholes y los yaquis (Bonfiglioli, Gutiérrez y Olavarría 2004) velaban los contextos de conflicto y de violencia en el norte de México. ¿Acaso mi investigación —me preguntaba en 2010— era un velo para reproducir una

imagen de los rarámuri que satisfacía requisitos académicos y administrativos de un Estado nación? Junto con otros cuestionamientos esbozados en mis notas de campo, esta interrogante fue una advertencia y una premisa del diálogo que mantuve con distintas personas que se autodefinían como rarámuri.

Durante mis estancias de campo, el desplazamiento de mi indagación sobre el cuerpo y la persona hacia las preocupaciones de mis interlocutores sobre la explotación forestal impulsó la ambición de escribir este libro. Sin embargo, ante la intensificación de la violencia y la transformación en los modos de existencia de los rarámuri, en 2010 esta pretensión documental perdió sentido junto con todo el campo académico que la sustentaba. Mientras leía a Fadwa Tuqan, una de las representantes más destacadas de la poesía palestina y árabe me preguntaba a través de su voz, “¿Qué puedo escribir?/ ¿De qué servirán las palabras?/ “mi pueblo”... “mi gente”/ Como es despreciable sentarse para escribir en este día/ ¿Acaso la palabra protegerá a mi gente?/ ¿Acaso la palabra protegerá mi patria?/ Hoy/ todas las palabras son como la sal/ que ni brota ni florece/ esta noche” —mi versión de un fragmento de *Diario de Mazin*, traducido del original al portugués por Farid Suwwan.

Con este desánimo y desencuentro con mi profesión, en aquel mismo año realicé una estancia de estudio en el ahora perdido Museo Nacional de Río de Janeiro, Brasil, financiada por la Universidad Nacional Autónoma de México. En este viaje tuve la oportunidad de descubrir que aún era factible reinventar nuestro oficio como antropólogos y apostar por la descolonización del proceso de producción de conocimiento y, con ello, recrear el mundo que habitaba. En este proyecto, “no se trata[ba] más de ‘emancipar al nativo’, de derecho o de hecho, sino de emancipar a la antropología de su propia historia [...], [era] el indio el que vendr[ía] a emanciparnos de nosotros mismos. Antes de salir a emancipar a los otros (de nosotros mismos), [el deseo radicaba en] emancip[arnos] a nosotros mismos con la indispensable ayuda de los otros” (Viveiros de Castro 2011a: 13).

En conjunto, estos eventos dieron origen al deseo que mantuvo vivo el arrojo necesario para escribir este libro. El anhelo de cada una de las páginas que componen esta obra ha sido compartir,

particularmente a los antropólogos en formación, las transformaciones que construyeron una forma particular de conceptualizar y de ejecutar la antropología a lo largo de mi formación académica. Aquello que me estimuló intensamente fue el acto de comunicar lo que —de acuerdo con las normas implícitas del hacer etnográfico en la tradición en la que me formé— debía ser silenciado. Ésta es la razón por la cual, la crónica que la lectora o el lector han recorrido se aleja de la tradición de la escritura para la cual, la narrativa debe forzarse para presentar los resultados de una investigación caracterizada por una redondez euclidiana. A lo largo de este libro expuse, paso a paso, las contradicciones y los equívocos de mis argumentos con el objetivo de mostrar el hacer concreto de mi antropología. Describí los efectos inesperados e imprevistos para la investigación académica de la simetría y de la reversibilidad. Finalmente, registré detalladamente la construcción de una teoría etnográfica y de la participación de los rarámuri en su constitución. En este Epílogo presento los resultados más relevantes de la crónica relatada, así como algunas consideraciones de orden más general a las que este manuscrito me impulsó.

Este libro fue una respuesta a las dudas de una aprendiz. Por esta causa, problematicé que una de las responsabilidades de las antropologías mexicanas es descolonizar al académico que goza de la exclusividad de la escritura y del punto de enunciación sobre los otros. Más importante aún, corroboré que nuestras interrogantes son indicios del mundo que habitamos y que construimos día con día. De ahí, la relevancia de preguntarnos sobre nuestras preguntas y de reconocer que existen cuestionamientos que otros pueblos han formulado y que desconocemos, particularmente sobre nosotros. Ahora, es factible cuestionar, cuál es el papel de las ciencias humanas y sociales con los pueblos con los que trabaja y, simultáneamente, reflexionar sobre la responsabilidad de revertir el conocimiento de los otros, sobre nosotros y hacia nosotros, para construir nuestro mundo. Los resultados de esta crónica configuran un nuevo punto de partida para edificar un proyecto antropológico fundamentado en la emancipación de los académicos y en reconocer que el deseo por conocer otros pueblos radica en aquello que, todavía, podemos aprender de sus universos epistemológicos y políticos.

Enmarcados en esta búsqueda por la auto descolonización, uno de los resultados más notables de la obra consistió en demostrar que el conocimiento etnográfico es producto *per se* de una co-producción. En consecuencia, antes que ser la autora de las descripciones presentadas, me declaré una traductora. Por tanto, asumí los límites de mi comprensión y resalté la particularidad del conocimiento creado con los rarámuri. Como advertí, esta conclusión no pretende exaltar la inconmensurabilidad, sino multiplicar las posibilidades de producir conocimientos con otros —y no exclusivamente sobre los otros— y desear la creación de saberes menos hegemónicos. Presento la metodología desarrollada en este libro en torno a la teoría etnográfica como una aportación al saber antropológico.

Posibilitar el espacio de existencia de una antropología alterna es otro de los resultados de esta crónica. La importancia de reconocer otras antropologías, en un desplazamiento reversible, radica en contar con las herramientas para cuestionar, desde otras imaginaciones epistemológicas y políticas, los modelos de identidad, de etnicidad y de ciudadanía propuestos y amparados por el Estado nación. La antropología rarámuri propone una imagen alterna sobre la producción y el mantenimiento de la diversidad de la existencia, sobre la construcción de las personas y de las redes colectivas, así como sobre la micro-política que articula cada momento de la vida con todo lo existente. Además, esta antropología nativa es una prueba de que lo teórico y lo práctico, lo cosmológico y lo político no deben ser necesariamente campos escindidos de la experiencia. Al igual que un rarámuri que con cada paso construye caminos colectivos y su mundo, las palabras que escribimos y las acciones que las acompañan son actos cosmopolíticos que configuran nuestro mundo.

Una de las conclusiones del diálogo entablado entre antropologías que desarrollé en este libro fue reconocer que, para realizar una antropología reversible total, debería dar cuenta de mi antropología nativa. Considerando que mi punto de enunciación es ser una mujer mexicana, aquello que entiendo por lo humano y los humanos, los ciudadanos, los extranjeros, los indígenas, etcétera, es producto de la articulación de mis lazos familiares con el proyecto de mestizaje y de mexicanización promovido durante el siglo XX por el Estado

mexicano. Esta reflexión es la cimiento de una línea de investigación futura. Por ahora, basta con indicar que una de las consecuencias del diálogo mantenido con la antropología rarámuri ha sido reconocer que la historia en la que nos construyeron como mexicanos ha sido silenciada. Y una de las herramientas epistemológicas para lograrlo ha sido volcar los recursos de la antropología mexicana hacia la política estatal dirigida a las poblaciones no mestizadas y no mexicanas. Uno de los efectos de la antropología rarámuri fue la construcción de un espacio de posibilidad para cuestionar la autoevidencia de la dicotomía entre mexicanos y no mexicanos, mestizos y no mestizos, así como la necesidad de asumir nuestro punto de vista como nativos y de reconocer la carencia de narrativas sobre nuestra historia del mestizaje. Navarrete (2015) encabeza un proyecto intelectual en esta dirección con el fin de develar el racismo que fundamenta a la sociedad mexicana.

El tercer resultado de la crónica presentada en este libro fue revertir la antropología rarámuri y evidenciar la construcción de nuestra propia realidad. Considero que uno de los frutos de utilizar el concepto camino de los rarámuri para analizar las vías de la explotación forestal en la Sierra Tarahumara durante el siglo XX fue demostrar que existen otras realidades y otros mundos fuera del proyecto intelectual, económico y social dirigido por el progreso y por el desarrollo —aún para nosotros—. En palabras de Viveiros de Castro (2011a: 7), “hay vida fuera del capitalismo como hay socialidad fuera del Estado. Siempre hubo, y —es para eso que luchamos— porque continuará habiéndolo”. En este tenor, el último resultado de esta crónica residió en demostrar, con base en la construcción de herramientas teóricas y metodológicas, que distintos proyectos sobre la existencia conviven en el día a día. En este sentido, las reflexiones epistemológicas que configuran y dan soporte a mis argumentos son otra de las aportaciones de este libro para la antropología disciplinar. Particularmente, la ejecución de un análisis multinatural. Desde mi perspectiva, éste es el soporte para generar un diálogo simétrico —conceptual y político— con otras antropologías. Evidencié los efectos devastadores e irreversibles provocados por los modos de existencia promovidos y sustentados por el Estado nación. De esta manera, si los rarámuri han

imaginado la muerte colectiva y el fin de su mundo ha sido por su articulación con los modos de existencia de los mestizos, los mexicanos y los empresarios locales.

Si debiera concluir este libro sería indicando que el trayecto, y no estas palabras finales, constituyen una apuesta para imaginar y practicar otras antropologías posibles. Reitero que los resultados de esta crónica configuraron nuevos puntos de partida. Finalmente, una de las enseñanzas sobre la obra de Lévi-Strauss que debo a Viveiros de Castro es la importancia de reconocer la imposibilidad de ofrecer un final a la lectora o al lector. Si el motor de la existencia es la transformación, incluso cuando se avecina la muerte, como advertían los mitos de América analizados por aquel intelectual francés, es factible terminar indicando que “eso no es todo”, puesto que como afirmó Viveiros de Castro, las disputas por la autonomía de la definición de la realidad están por venir.